

Una hipótesis relacionada con el vergel del Monasterio de Piedra

FEDERICO TORRALBA SORIANO

En el aspecto actual que presenta el vergel del Monasterio de Piedra, es relativamente reciente la mitología y tradiciones de sus distintas partes, así como la denominación de grutas y cascadas, como también los senderos por los que se verifica la visita. Todo ello parte de la remodelación llevada a cabo durante muchos años por los miembros de la catalana familia Muntadas. Sobre todo ello flota la personalidad del poeta Juan Federico Muntadas.

Por otra parte el apellido de los Muntadas y su mecenazgo tiene más extensión en relación con monumentos aragoneses, como puede testimoniarla, por ejemplo, los distintos añadidos y reformas verificados en el Monasterio de las religiosas Fecetas, donde profesó María Muntadas con el nombre de María de Jesús, que ingresó en dicho monasterio en 1871 (ó 1872) y durante su estancia en las Fecetas aportó dinero propio, así como, después de la muerte de su padre y de un tío, lo recibido en dichas herencias se dedicó a remodelación y añadido de algunos retablos y a la gran reja del coro; todo esto ha sido estudiado y publicado en su tesis doctoral por María Isabel Oliván, con lo cual tenemos bien documentadas esas aportaciones Muntadas, cosa que no ocurre con las transformaciones en Piedra, que perteneció, después de la Desamortización, a esa familia, que lo utilizaba como residencia veraniega.

La gruta «Iris» se afirma que fue descubierta por Juan Federico Muntadas en 1860 y debió de ser a partir de entonces cuando se van realizando los cambios, hasta bastantes más años después, ocupando el último tercio del siglo XIX.

Las fechas indicadas coinciden bien con el momento en que en Europa se desarrolla el japonismo. Es el momento también de la pintura impresionista, que tanto se apoyó en los grabados japoneses. En el año 1831 Von Siebold reprodujo ya grabados de Hokusai; y en 1836 se publica la «Histoire y Description Generales du Japon», de Charlevoix; también reúne grabados de Hokusai en 1843 el coleccionista Curtis (grabados hoy en la Biblioteca Nacional de París) y en 1856 Bracquemond descubre, en la tienda del grabador Delatre, la tan difundida, y famosa después, «Manga», del mismo ilustre grabador japonés antes citado. Más tarde, en 1871, empezará a reunir su colección de grabados japoneses el pintor Monet y los primeros

grabados que adquirirá en Amberes, Van Gogh, será en 1885. Por estas referencias vemos bien la coincidencia cronológica con las reformas de Piedra. No hay ningún inconveniente en pensar que en alguno de sus viajes a París en el último tercio del siglo XIX, pueda haber comprado grabados de Hokusai y de otros maestros japoneses, pues las tiendas en que se ofrecían esos grabados fueron abiertas en París en torno al año 1860 y posteriores.

Mi hipótesis es que esos grabados influyeron en Federico Muntadas y que, incluso, los utilizó como modelos para algunas de sus reformas. Esto es solo hipótesis pues, a pesar de mis variadas gestiones, no he conseguido más que referencias orales, con respecto a las modificaciones del lugar así como —dato fundamental— el que efectivamente entre las colecciones de los Muntadas figuraron grabados japoneses. Insisto que descendientes y herederos Muntadas me han confirmado ese hecho, pero no he podido rastrear donde han ido a parar los grabados; es muy posible que en algunas de las colecciones más recientes, que ahora se estudian, existan aún algunos de ellos.

Entre los grabados de Hokusai hay algunos que evidentemente presentan relación con algunas de las cascadas del Monasterio de Piedra, ya que Hokusai hizo una serie exclusivamente dedicada a reproducir —más o menos estilizadas— algunas cascadas japonesas. La serie lleva el título de «Shokoku Taki Meguri» (Paseo por las cascadas de todas las provincias); la serie se integra por ocho estampas, entre las cuales figura la de la Cascada Roben y Oyama, en Soshu, que se parece a la «Cola de caballo», hecho éste que podría no tener importancia si no fuese porque, en otra serie de Hokusai, dedicada a poetas, en que reproduce al poeta Li Pai (o Li Po) aparece una vista lateral de la misma cascada, con unos descansaderos a mitad de altura bien parecidos a los que existen en la «Cola de Caballo».

Pero donde la similitud es absoluta, y además justificada, es en lo referente a una de las más evidentemente reformadas y artificiales, que es la «Cascada Iris», que es necesario enfrentar con la cascada Kirifuri no Taki, en Kurokami, estampa número 1 de la serie de cascadas, de Hokusai, antes citada. La comparación del grabado con la fotografía de la cascada nos revela una distribución similar, mucho más compleja que en otras de las cascadas y que es absolutamente igual a la cascada de Piedra vista en fotografía, si bien invirtiendo la reproducción; su desparramamiento del agua es idéntico, como lo son también los distintos salientes de la roca sobre la que el agua resbala.

Queda así abierta la hipótesis para un posible estudio futuro, que pudiese ser confirmada por fuentes documentales.

